

Rubén Darío: poesía y pensamiento

Selena Millares

Raro y feliz hallazgo esta idea de publicar una antología temática de la poesía de Rubén Darío desde un ángulo distinto: el del pensamiento volcado en los versos de su fecundo itinerario creador. Esta nueva ventana al universo del poeta nicaragüense, patriarca del modernismo y artífice de la renovación de la literatura hispánica en los albores del pasado siglo, actualiza sus propuestas al tiempo que insiste en la ruptura de un viejo tópico, tan falso como arraigado: el de su anclaje en un preciosismo intrascendente, lúdico y escapista, proyectado en visiones de palacios decadentes o princesas tristes, y ajeno a la problemática de la condición humana o a la realidad histórica que le tocó vivir.

Si bien es ya común el reconocimiento de Darío como figura totémica de la modernidad, siempre han pesado sobre él esos encasillamientos, adelantados incluso por defensores de su obra como Pedro Salinas, quien lo saludó como «gran lírico agónico», pero al tiempo calificaba a los promotores de ese movimiento fundacional como «juglares de vocablos», productores de una literatura narcótica y sin inquietudes intelectuales, opuesta a la actividad desarrollada por los escritores noventayochistas. Muchos fueron los que ignoraron con obstinación que Rubén Darío se situaba ideológicamente en la órbita de José Martí y de Miguel de Unamuno, y que se hizo eco de sus preocupaciones innovadoras y regeneracionistas en numerosas prosas y versos, que sus contemporáneos a menudo no quisieron o supieron entender. Porque

Rubén Darío: *Poemas filosóficos*. Edición de Alberto Acereda. Madrid, Hiperión, 2007.

el modernismo no es más que la forma hispánica de la crisis artística y espiritual de ese fin de siglo convulso, y tras sus frecuentes paraísos artificiales late un posicionamiento neto y una crítica refractaria hacia la inmediatez. Darío se ocupó a menudo de combatir los prejuicios y la incompreensión de su tiempo hacia el movimiento que lideraba —«esa gran libertad», como lo llamaría después Borges—, y en los versos de *Cantos de vida y esperanza* muestra su desazón frente a las acusaciones constantes de frivolidad y deshumanización: «En mi jardín se vio una estatua bella; / se juzgó mármol y era carne viva...» Después, en las «Dilucidaciones» que abren *El canto errante*, insiste, más explícito: «El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos, perpetúan la anquilosis, la inmovilidad»; «jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra». Más tarde, en *Historia de mis libros*, defiende su libro *Azul...* como iniciador de «un movimiento *mental* que había de tener después tantas triunfantes consecuencias». La firme convicción de la trascendencia de ese ideario poético queda así apuntada, y el devenir de los tiempos le habrá de dar la razón. Un compañero en la poesía y en la amistad, el argentino Leopoldo Lugones, rompe por él una lanza definitiva en los homenajes que tienen lugar a su muerte, y nombra a Darío como «el último libertador de América», porque sólo para el idioma no había existido emancipación: «América dejó ya de hablar como España, y, en cambio, ésta adopta el verbo nuevo. El pájaro azul cantaba, y detrás de él venía el sol».

Las inquietudes ideológicas anotadas se imbrican en Darío, además, con las más netamente filosóficas, que al calor de las propuestas del simbolismo francés —Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Verlaine—, buscan en la poesía una nueva religiosidad, en un tiempo en que la razón crítica ha decidido la muerte de Dios y ha dejado la herencia de una obsesiva orfandad. Sus meditaciones poéticas se debatirán así en la búsqueda angustiada de un consuelo en el arte y los sentidos para enmascarar el abismo del *memento mori*, siempre irreductible.

La selecta antología que nos ofrenda Hiperión, de la mano de Alberto Acereda —que también antologara la poesía erótica del nicaragüense en la misma colección—, está compuesta por un total de sesenta y un poemas. Introducida por el decálogo del artista

situado en el umbral del libro, se inicia con el emblemático «Coloquio de los centauros», una de las principales muestras de la fe panteísta de Darío —«hay un alma en cada una de las gotas del mar»—, alimentada desde el magisterio de Whitman y Emerson. La sagrada selva que habitan esos seres míticos habrá de ser escenario de sucesivas composiciones darianas —como «El reino interior», «La espiga» o «La fuente»—, que en ella cifran el enigma universal de la cadena de las muertes y los nacimientos. Las reflexiones se continúan en «La anciana», con su secreto homenaje a Shakespeare —«En esos secos pétalos hay más filosofía / que la que darte pueda tu sabia biblioteca»—, en tanto que la imagen de los cisnes se aleja de convenciones preciosistas para traducir una honda inquietud con el interrogante que su cuello encorvado dibuja. La obra maestra del genio dariano, *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, se constituye por derecho propio en la principal cantera de esta antología, si bien no se incluyen algunos de sus poemas centrales, como «Salutación del optimista» y su alegato regeneracionista, ni tampoco el pesimismo de «Canción de otoño en primavera», o la estremeceadora «Letanía de nuestro señor don Quijote» y su búsqueda desesperada de un ideal («¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida, / con el alma a tientas, con la fe perdida...!»). Pero sí reencontramos otras piezas memorables, como «La dulzura del ángelus...», donde la vestimenta vibrante del verso se hace eco del sentimiento trágico:

Y esta atroz amargura de no gustar de nada,
de no saber a dónde dirigir nuestra proa

mientras el pobre esquife en la noche cerrada
va en las hostiles olas huérfano de la aurora...
(Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

También se incluye «Tarde en el trópico», cuyo paisaje interior habla del inmenso desamparo del alma a la deriva, o el sobrecogedor «Nocturno», con su vislumbre de «los azoramientos del cisne entre los charcos» y todo su quebranto por «la conciencia espan- table de nuestro humano cieno». La honda crisis que delata el

poemario tiene su máxima expresión en «Lo fatal» y su duda agónica ante la incertidumbre de las postrimerías, de tanta huella en las poéticas posteriores:

...Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...

El último «Nocturno» ya contempla de cerca a la muerte, en oscuras imágenes que imbrican la decimotercera carta del tarot con evocaciones nervalianas («Ha dado el reloj trece horas... Si será Ella!»), pero todavía en *Poema del otoño* insiste el poeta, casi desesperadamente, en un «carpe diem» redentor:

...Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Los poemas de esta selección han sido cuidados con pasión de orfebre por parte del antólogo, que la acompaña de introducción, bibliografía y notas, con sustanciosas informaciones que ponen una nueva piedra en ese edificio necesario de las obras completas definitivas de Rubén Darío que aún está por realizar ©